

Dimensiones epistemológicas y metodológicas de la IAP para un autoconocimiento de los Nuevos Movimientos Sociales

Miguel Martínez López

La variedad de corrientes de IAP (investigación-acción-participativa) comprende a diferentes énfasis en unas prácticas y en unos conceptos en relación a otros. Para sistematizar mínimamente las experiencias y las reflexiones que han generado puede tomarse un camino dialéctico: con una duda actuando como hilo conductor, ir tejiendo las categorías más seguras a su alrededor, uniéndose sintéticamente con ella o separándose analíticamente. Mi intención principal en este escrito es la de aclarar algunas categorías adscritas a la metodología de IAP y tomar partido por algunos de sus sentidos en vistas del reciente interés que está teniendo este «paradigma» en las ciencias sociales. Algunas tesis y libros de los últimos años están abordando muy creativamente este modo de aproximación a realidades sociales complejas y dinámicas como son los movimientos sociales, las acciones comunitarias, la educación e incluso la aplicación de políticas públicas —urbanísticas, por ejemplo— (Zamosc, 1992; Gabarrón y Hernández, 1994; Villasanté, 1994, 1995).

La pregunta central que puede servir de guía para este estudio la voy a plantear en relación a los MS (Movimientos Sociales) en general: ¿de qué manera la IAP puede dar el paso desde prácticas locales y en organizaciones más o menos cerradas, a prácticas globales, a interorganizaciones y MS, a un pensamiento global? Es decir, ¿con qué elementos metodológicos se puede abordar una experiencia de autoinvestigación desde el seno de los MS (y, en concreto, desde alguno de los NMS alternativos que se desarrollan en nuestro contexto)?

Lo que se pretende ahora no es elaborar una exhaustiva guía metodológica de IAP en MS, sino justificar un posicionamiento en unos pocos puntos metodológicos de índole *formal* y que sugieren unos contenidos lo suficientemente diferentes como para permitir distintos diseños de IAP según la situación contextual en cada caso (de sujetos, necesidades, recursos, conflictos, etc.).

En concreto, he optado por combinar elementos de la tradición socioanalítica con otros propios de la IAP y, en este trabajo sólo someramente, también con los de las corrientes sistémicas (en su argumentación sobre la «refle-

xividad»). Esta revisión de cinco conceptos metodológicos nos ayudará a ver los puntos más seguros y también las ambigüedades más críticas e interrelaciones entre ellos, en los múltiples sentidos que poseen. Por un lado se valorará el concepto de IMPLICACIÓN en relación a las posiciones de poder de quien investiga y de quien es investigada. Por otro, se volverán a pensar de una manera exclusiva las relaciones DIALÉCTICAS, el principio de REFLEXIVIDAD, la verificación PRÁXICA y los modos de PARTICIPACIÓN (ampliando y revisando lo expuesto en Gómez y Martínez, 1995).

1. Sujetos fracturados e implicación metódica

«**«** Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, puramente simbólica, a esas relaciones de fuerza. (...) La idea lógicamente contradictoria de una acción pedagógica que se ejerciera sin autoridad pedagógica es sociológicamente imposible: una acción pedagógica que pretendiera desvelar en su misma práctica su verdad objetiva y destruir de esta forma el fundamento de la autoridad pedagógica del agente sería autodestructiva.» (Bourdieu, Passeron, 1975: 44, 52).

Investigar la realidad social es construir discursos sobre colectividades y problemas que les afectan siguiendo unos pasos adecuados a ese objeto. Todo discurso, pues, tiene, por lo menos, un sujeto. El sujeto que habla está fracturado en dos porque es sujeto de la enunciación y, a la vez, sujeto del enunciado. El sujeto que es hablado aparece en los discursos científicos como «objeto», nunca como un sujeto más de la ciencia.

Encontramos, pues, una **primera distancia** o fractura entre la/el socióloga que habla (sus condiciones sociales de existencia y sus posiciones de poder) y el discurso con el que habla

(con el que objetiva a otros sujetos y con el que se objetiva a sí misma, objetivando sólo una parte de su situación de vida, u omitiéndola lo más posible). Una **segunda distancia** o fractura se establece con la impostura del sujeto investigador/a como única *autor/a* de las objetivaciones, cuando en realidad éstas son productos de una comunidad social, de otras investigadoras y, sobre todo, de aquellos sujetos que estuvieron involucrados en la investigación como «objetos».

No es necesario apelar a la conciencia de los sujetos para averiguar si adoptan una postura de *neutralidad* o de implicación en su práctica de investigación: «Dios mío, de buenas intenciones está lleno el infierno» (Brandão, 1987: 68). Como investigar es una práctica social de lenguaje, de hablar y escribir, las huellas de la implicación se pueden rastrear, en última instancia, en las formas de la comunicación resultante y, en primera instancia, en su proceso real de producción (Verón, 1987: 134). Durante la investigación unos sujetos valoran la implicación de los otros, y a la inversa.

Es decir, la alternativa a una *actitud* de neutralidad no es una *actitud* de implicación. Implicarse en una IAP es, ante todo, una inmersión en una realidad desconocida, como las antropólogas en comunidades de otras culturas. Pero esa inmersión práctica no asegura que las distancias y fracturas de toda objetivación se vayan a romper por arte de magia.

Si las analistas son externas al MS se implicarán en este desde su autonomía, desde sus diferencias, pero comprometiendo su subjetividad ahora de otra manera, sin pretensiones de absoluta distancia y neutralidad. Seguirán objetivando las cosas, seguirán fracturados, pero ahora parte de sus condiciones de existencia han cambiado y dejarán sus huellas en la investigación. Si las analistas proceden del interior del MS tampoco su implicación preexistente en la IAP va a anular sus distancias consigo mismos y con el resto del MS, por el hecho de que se pongan a autoinvestigar al MS. Lo que va a cambiar es que dejarán de ser simples «objetos» o simples «sujetos» para enriquecer el conocimiento siendo «sujetos y objetos que son sujetos y objetos...». Siempre se objetivaron subjetivamente, con una metodología sistemática se objetivarán *reflexivamente* (como se desarrollará con más detalle después).

En consecuencia, la herida es insalvable, pero sólo manejándola con la **mutua implicación** se evitará que aumente. Bajando más a la tierra, toda investigación supone una objetivación, algún tipo de distancia con respecto a los objetos, a otros sujetos y a nosotras mismas. Hay un momento de la investigación que es la **negociación de la demanda** y el estudio de las necesidades manifiestas y latentes (requerimientos subyacentes a la demanda) en el cual todos los sujetos que van a tomar parte en el estudio deben ponerse de acuerdo, discutir, negociar e implicarse en un primer análisis de los intereses y/o necesidades que concurren desde las posiciones de poder de cada sujeto.

Hay otros momentos en el proceso de IAP que son los talleres de **análisis y la elaboración de documentos** que van a ser devueltos a todo el colectivo del MS, en los cuales hay que debatir en cada caso qué papel juegan los intereses y la situación personal del equipo investigador en lo que estudian y proponen. Del mismo modo, en qué medida conviene mostrar en las formas y contenidos de los documentos resultantes de la investigación, las subjetividades y condiciones objetivas de existencia de quien ha investigado y de quien ha sido investigada. Por último, el sentido de la implicación no acaba con los análisis sino que llega hasta la **intervención**. O, mejor dicho, empieza ahí, si es que adoptamos la opción de transformar primero para conocer después. ¿En qué medida conviene, pues, implicarse las analistas en la acción directa de los MS y, a su vez, las analizadas en las reflexiones sobre ésta? Esta es la **tercera fractura** imaginaria (puede ocultarse simbólicamente, pero su permanencia inconsciente tiene efectos reales en las relaciones entre sujetos: por ejemplo, con analizadores expresados en cláusulas como «sí, sí, todas esas palabras suenan muy bien, pero tú no estuviste delante de la policía...»).

Pero si la conciencia de los sujetos no explica su implicación, ésta, sin embargo, se debe materializar en acuerdos sobre horarios, fechas, actividades, financiación, objetivos, asistencia a reuniones, etc. que sí van a apelar a la conciencia de responsabilidad de quien no sólo se implica (actitud), sino que se compromete (en lo que quiere), para su cumplimiento (IOE, 1993). En este sentido también se concibe la **«autogestión de la intervención»** socioanalítica (autogestión de tiempo, espacio y

dinero), sólo que en ella se incluye una primera reflexión sobre los límites evidentes o no de esa autogestión (Lapassade, Lourau, 1981: 231).

La **«implicación metódica»** del socioanálisis tenía un sentido político en cuanto que constituía una participación de la gente investigada o en formación (aprendiendo) mediante su autoanálisis, el análisis de sus pertenencias y referencias (y no sólo, por ejemplo, el de su participación en las dinámicas de grupo) (Lapassade, 1980: 37). El otro sentido que se le atribuyó es el epistemológico en tanto que es el equipo de investigadores/as quienes nunca pueden estudiar algo objetiva y neutralmente porque, primero, al estudiarlo ellas ya son parte de lo que estudian (con su sola presencia), y, segundo, al intervenir y actuar están modificando a esos sujetos y al final todas han sufrido una mutación que es la que debe ser estudiada (Lapassade, 1980: 107).

Por otra parte, ¿puede imponerse el «narcisismo» desbordado de quien investiga consciente de su implicación? Según estos autores no, porque «cuando decimos que el analizador debe remplazar al analista —de todas maneras, en realidad es siempre el analizador quien conduce el análisis— queremos indicar, como regla fundamental, que el analista no debe procurar sustraerse a los efectos analizadores del dispositivo de intervención» (ibíd.: 109).

La implicación metódica en todo el proceso de una IAP tiene más riesgos: crear «pseudosociólogas» entre las bases o convertirse en «pseudopolíticas» entre las investigadoras/as. Por un lado, en la IAP todas las personas implicadas pueden aprender ciertas tareas de investigación, lo cual puede conducir a un aprendizaje de esquemas dominadores de investigación: «Enseñar a investigar no es investigar participadamente, la adopción de esta vía lo único que propicia es el mantenimiento de la perspectiva clásica, en donde quienes se asocian (...) imitan a los sociólogos titulados, reproduciendo la misma relación entre el sujeto: unos que investigan (ahora sociólogos junto a seudosociólogos) y otros que son investigados» (Montañés, 1993: 156). Por otro lado, la implicación de quien investiga en las acciones de intervención puede tener consecuencias de liderazgo tecnocrático: «...seudopolíticos que se parapetan en su posición de sociólogos para defender propuestas

que no emanan de la investigación, sino que son fruto de las necesidades y deseos personales» (ibíd.: 159). En este sentido, el compromiso no es fusión, sino que articula autonomías y distancias críticas entre las partes (Le Boterf, 1986: 34).

En el fondo se está preguntando: ¿en qué fases de la investigación y en qué condiciones (cognitivas, productivas) se implican los miembros del MS?; ¿qué beneficios y otras consecuencias tiene implicarse en las acciones políticas de los MS por parte de analistas profesionales (especialmente en momentos de devolución informativa y de sucesivas acciones transformadoras)? Lo que está en juego es la búsqueda de una ideal/imaginaria simetría entre quien investiga y es investigada. En realidad, la implicación es ambigua y ambivalente, se comparten saberes diferentes, «observador y observado sienten que están aprendiendo juntos, vibran en una tarea conjunta y creativa para ambos, aunque lo vivan de distinta forma» (Villasante, 1993: 27).

Puede romperse la asimetría sujeto-objeto cuando las especialistas en investigación social enseñan a las no especialistas a aprender a investigar y, a la inversa, cuando estas enseñan a las sociólogas a actuar políticamente, evitando las derivas antes señaladas. Además, el **aprendizaje recíproco** iniciado en una IAP debe extenderse al interior del MS, entre activistas y bases. Es el proceso, los medios y métodos empleados los que convierten esa implicación en simetría sujeto-sujeto, tanto o más que los resultados. Tanto Fals Borda como Brandão han visto que la **implicación** es, de forma complementaria a esas ambivalencias, **relativa**: las posiciones de intelectual orgánico o comprometido en los MS sólo pueden ser temporales y eliminables, a riesgo de que tanto el compromiso como la calidad del nuevo tipo de investigación pierdan legitimidad en caso contrario. Las dos siguientes notas matizan esa característica:

«Creo que uno de los mayores errores de las personas que trabajan con el pueblo es intentar hacerse pueblo; pensar como el pueblo, vivir como el pueblo. Como tengo un compromiso político con él, quiero ser bien diferente, quiero ser un antropólogo erudito. Porque si me transformo en un campesino, si abando-

no el poder de pensar antropológico para pensar como él, pues me reduzco a un hombre cuyo aporte al pueblo es mínimo. (...) Yo no quiero pensar como el pueblo porque quiero pensar con él y a su servicio, pero tampoco quiero que el pueblo piense como yo. Quiero sí que el pueblo y yo, a partir de un compromiso, sepamos construir un tipo de lógica y de pensamiento que no sea más ni la del pueblo ni la del intelectual de universidad. Un compromiso que sea popular, porque con todo el rigor de la ciencia sea capaz de pensar desde el punto de vista de las clases populares.» (Brandão, 1987: 47)

«Pese a las discrepancias existentes entre las gentes del pueblo y los intelectuales en lo que atañe a la visión del mundo, resultó obvio para todos, desde un comienzo, tanto que el saber no transforma por sí mismo la realidad cuanto que la acción no estudiada o reflexionada se vuelve ciega y fútilmente espontánea. Era preciso ir más allá y combinar no sólo teoría con práctica sino también la sabiduría emanada de varias fuentes. La tarea de cambio social no podía acometerse a cabalidad sin una alianza ideológica de compromiso mutuo entre los pobladores locales y los intelectuales de afuera para llegar a unas metas compartidas. (...) De una parte, los profesionales buscaron superar la actitud de clase, el viejo vanguardismo, la academia y la racionalidad cartesiana de la costosa y complicada ciencia moderna, para convertirse en intelectuales orgánicos de las clases trabajadoras. De la otra, la gente procuró descartar el complejo popular de inferioridad, aportar su experiencia y saber tradicionales en pos de su propia racionalidad práctica y desarrollar una nueva concepción –no tan alienada– del mundo.» (Fals Borda, 1985: 44)

Este último autor recoge de las experiencias de IAP dos reglas para hacer eficaz esa **alianza de compromiso mutuo**: 1) romper la relación de sumisión; 2) la redundancia potencial.

Según la primera, tanto las minorías activistas del MS como las agentes externas que se integran en la IAP pueden caer, por su compromiso político y «militante» con el MS que se autoinvestiga, en un vanguardismo verticalista y monopolizador, en sus diferentes expresiones: cooptación por intereses ajenos al MS; corrupción con dineros u honores; fatiga ante la falta de avances rápidos o ante el bombardeo de la crítica externa; radicalización dogmática ante las ideas propias sin reconocer la verdad en las demás. A cambio se postula el «**liderazgo catalítico**, esclarecido, servicial y comprensivo» basado en una mayor responsabilidad del equipo investigador en cuanto a la «orientación, sistematización y ejecución de los trabajos junto con las bases»; y una autonomía de las organizaciones de base específicas que están inmersas en la IAP con respecto al resto del MS general (Fals Borda, 1985: 52-55).

Atendiendo a la segunda regla, el equipo de autoinvestigación también debía combatir la tradicional dependencia paternalista y no sólo el vanguardismo al uso de los partidos políticos, por lo que se busca que su «**presencia fuera haciéndose progresivamente redundante**» (ibíd.: 56), que fueran siendo prescindibles, «que las comunidades organizadas queden capacitadas para continuar solas, autónomamente, las labores emprendidas, sin tener que apelar a técnicos o intelectuales de afuera sino en casos extremos» (ibíd.: 56).

Un último problema de esta dimensión inicial de la IAP se encuentra en el doble hecho de que, por un lado, la investigación emprendida dependa relativamente de una institución exterior (que financia, colabora, usufructa los resultados, etc.) y, por otro, que los sujetos protagonistas de la autoinvestigación no estén integrados en ningún MS ni organización formal, sino que sean invitados por un MS para participar en una IAP.

Varias experiencias confirman que puede ser beneficiosa esa relativa dependencia cuando un departamento municipal, un departamento universitario o una coordinadora vecinal se hacen cargo de parte de la financiación de la IAP y se comprometen a integrar los resultados de ésta en sus políticas sociales (Martínez, 1996; Sosa y Guerra, 1995; Villasanté, 1995).

En las experiencias latinoamericanas interviene también fundaciones, institutos de investigación y organismos internacionales comprometidos en la **autonomía del proceso de IAP** que conduzca a una **autonomía de la comunidad**. Cuando esta comunidad o el colectivo que debe protagonizar la experiencia no pertenecen, en principio, a la red de activistas del MS promotor, se da entonces una negociación muy relativa de los objetivos a conseguir y de los principios de IAP a seguir (producción colectiva de conocimiento con utilidad y control del trabajo mediante «círculos de estudio» o asambleas, etc.), ya que ambos vienen muy determinados por las investigadoras y la institución (Montes, 1989: 28; Guerra, 1995; Vergidis, 1986: 135). De hecho, para el caso de IAP con inmigrantes o con población analfabeta, el Colectivo IOE concluye que es preciso, por parte de las promotoras/es, un previo sondeo de las redes de relación y comunicación existentes a través de las cuales orientar el proceso de acción e investigación y organizar la autogestión de los compromisos, en lugar de crear vías paralelas a las existentes (IOE, 1993).

En este último sentido, pues, se puede confirmar que, ante todo, la implicación ideológica en un MS (global) es una **implicación práctica** —un compromiso efectivo en la autogestión social, material, espacial y temporal— con parte de sus minorías activas y organizaciones (locales). Pero es también una **implicación metódica y relativa** a las relaciones institucionales que el monopolio del saber tiene en cada sociedad y a la fractura de las asimetrías de poder que mantienen las intelectuales y las activistas y comunidades populares. Por eso los compromisos no cesan hasta que el MS se apropia del conocimiento global producido y se reorganiza autónomamente. Aunque este impulso desde IAPs locales a la reorganización de MS globales es aún difuso, extiende sus consecuencias cognitivas a diversas instituciones en mayor medida que a las redes de todo el MS afín (Gabarrón y Hernández, 1994: 45ss.).

O sea, que, lejos del peligro de autolegitimación que exorcizaba Offe (1992: 190, 204), la implicación en la autoinvestigación de los MS genera más bien, desde los planteamientos aquí defendidos, una autocrítica y replanteamiento de la organización futura de los MS.

2. Lógica dialéctica, lógica reflexiva

Hace años que se viene consensuando la aceptación del «método científico» como una aplicación sistemática de la «lógica» para llegar a la «verdad» (Cohen, Nagel, 1979: 8). Pero podemos cuestionarnos varias cosas en relación a ese fundamental ingrediente metodológico: ¿qué tipo de lógica se debe aplicar?, ¿la lógica formal o la dialéctica?, ¿u otras?

En la IAP esta cuestión es respondida atendiendo tanto a tradiciones materialistas como hermenéuticas, o combinando ambas, aunque predomina una cierta aceptación de la lógica dialéctica en la que es preciso indagar con más detenimiento. De hecho, una idea tradicional de la dialéctica aparece como una cláusula aplicable tanto al concepto de «**implicación**» entre sujetos que sustituye al de la relación formal sujeto-objeto; como al de «**explicación**» de realidades contradictorias superándolas mediante proposiciones más comprensivas y prácticas (tesis-antítesis-síntesis); como al de «**aplicación**» de esas prácticas superadoras de la relación disociada entre teoría y práctica (Goyette y Lessard-Hébert, 1988: 150-155; Gabarrón y Hernández, 1994: 29-41).

Sin embargo, una cosa es concebir la realidad como un conjunto de relaciones dialécticas, y otra bien distinta es concebirla como una relación dialéctica entre las cosas (relaciones sociales) y las palabras (relaciones lógicas). En el primer caso se puede llegar a adoptar posturas (como las de J. Piaget o E. Morin) para las que la interrelación y la recursividad «real» entre las cosas no impide adoptar un modo *objetivo* de describirlas (Gómez y Martínez, 1995). En el segundo caso, más que una «realidad» dialéctica es la lógica dialéctica la que nos permite distinguir en la realidad los aspectos formales (digitales) de los dialécticos (analogicos) y sus mutuas relaciones. En este último sentido, Wilden (1982: 145-150; 1987: 24ss.) concibe la dialéctica como lógica de las relaciones entre niveles de una jerarquía (relaciones dentro de cada nivel y entre ellos, jerarquías en cada nivel y entre ellos: en la naturaleza, la sociedad y el pensamiento). Las relaciones más básicas son la «diferencia» y la

«distinción», las cuales no implican necesariamente oposiciones (*dialécticas*). Las relaciones más complejas (dialécticas) son las de «**contradicción**» que ante todo implican un conflicto entre elementos o niveles de una jerarquía real. Mientras, las relaciones intermedias de «oposición» no siempre implican conflicto y pueden llegar a anularlo (cuando existe como contradicción) en una simetría imaginaria (por conmutatividad sintáctica: hombres y mujeres, amas y esclavas, empresarias y trabajadores/as, maestras y alumnas, investigadoras/es e investigadas...).

Las dialécticas somos nosotras, quienes hablamos, dialogamos, con la realidad, con otras personas y con nuestras teorías. La realidad es dialéctica si la vemos así, pero también puede ser formal, clara y distinta, llena de diferencias y unicidades. La lógica dialéctica no equivale, pues, al constructivismo ni a la hermenéutica, porque, por lo menos, matiza que la construcción de conocimientos y las prácticas discursivas son relaciones ideológicas «que pugnan por convertirse en lógicas» (Montañés, 1995) y, en un sentido materialista, son prácticas sociales de conocimiento determinadas por condiciones materiales e históricas, por un contexto de producción, poder y supervivencia ecológica. Es el control sobre estas condiciones el que toma en cuenta la IAP, tal como la estamos redefiniendo ahora.

Las versiones de IAP que entienden la dimensión dialéctica como «unión de los contrarios» (investigación-acción, teoría-práctica, sujeto-objeto, etc.), como unión de lo que estaba separado (de lo que se necesitaba y repelía a la vez), hacen de la lógica dialéctica una capacidad superior del pensamiento, y no un método más de relacionar la realidad formal y la dialéctica. Aunque en nuestros días no se llega a esa absolutización *neopositivista*, sí aparecen mezclas poco esclarecedoras de ese sentido lógico entre teoría y metodología dialécticas: en la concepción de la realidad como una totalidad dialéctica (movimiento de las partes al todo y viceversa), de la unión de teoría y práctica, del diálogo horizontal de aprendizaje y de «vaivén» entre investigación y acción (Gabarrón y Hernández, 1994: 25, 29, 31; Goyette y Lessard-Hébert, 1988: 151, 153).

Quizás sea Demo (1985: 52-57) quien mejor resume este planteamiento clásico al distin-

guir, por una parte, la noción de dialéctica como **análisis (explicación) de las contradicciones sociales y conflictos históricos**, al tiempo que, por otra parte, reconoce que los criterios de verdad del conocimiento producido en una IAP poseen problemas lógicos formales, ideológicos y prácticos, simultáneamente. Con ello le impone tres reglas a la IAP en relación al problema de la dialéctica entre teoría y práctica: 1) que los criterios de verdad de cualquier teoría fabricada requieren una constante validación no sólo por la práctica, sino también por la consistencia lógica y la capacidad de objetivación empírica y de adecuación histórica; 2) que las prácticas deben concretarse, seleccionarse y, por tanto, limitar históricamente a la teoría; 3) que toda práctica es ideológica en el sentido de que se realiza dentro de una opción política de intervención en la realidad.

La lógica dialéctica, siguiendo las anteriores precisiones, no se opone a la lógica formal más que en su parcialidad práctica por uno de los polos de las contradicciones reales y por su dinámica de construir proposiciones y prácticas superadoras del conflicto entre los opuestos (no simples «verdades»). El método dialéctico no se dedica sólo a unir (imaginariamente) lo separado, sino a separar (simbólicamente) lo que está unido, a distinguir las contradicciones en el movimiento, a crear nuevas posibilidades donde sólo había aparente homogeneidad. Una IAP sociológica, pues, distinguiría las relaciones lógicas y las ideológicas entre las redes de relaciones de poder del MS. En un sentido dialéctico: las contradicciones reales e ideológicas entre las jerarquías culturales, sociales y naturales que dan sentido a todo MS. En esta línea, H.Lefebvre definía el método dialéctico como «la conciencia de la forma, del movimiento interno del contenido (...) La historia es el movimiento de un contenido que engendra diferencias, polaridades, conflictos, problemas teóricos y prácticos, y que los resuelve (o no)» (1984: 26-27).

Para el socioanálisis son las instituciones quienes reproducen las contradicciones sociales entre los procesos instituyentes y los de institucionalización. Pero no es el pensamiento dialéctico del analista quien potencia a lo instituyente y supera las contradicciones, sino el **análisis colectivo mediante los analizadores** que condensan (metafóricamente) o

desplazan (metonímicamente) los conflictos institucionales.

Por un lado se le achaca a la dialéctica marxista o materialista que «es un método de exposición y no un método de investigación, una didáctica y no una heurística, una lógica de demostración y no una lógica de investigación. En pocas palabras, una nueva pedagogía y no una nueva filosofía o una nueva ciencia» (Lourau, 1980: 89). Por otro, sin embargo, se concibe como un método de conocimiento del inconsciente institucional, preguntándole a la institución (con la palabra y el cuerpo: Lapassade, 1980), pero que requiere contextualizar las «'transformaciones', 'movimientos' y 'contradicciones' del conocimiento, puestos al día dentro del análisis de las relaciones entre el sujeto y el objeto del conocimiento, y dentro de un mismo movimiento de disolución del saber instituido como actividad elitista inscrita en la división del trabajo, cediendo poco a poco su lugar a la investigación colectiva, a la producción del saber social realizada por todos, no por uno. En breve, a la socialización de la dialéctica» (Lourau, 1980: 91).

Las anteriores conceptualizaciones de la dialéctica no la consideran, pues, como una lógica que excluya al materialismo, el constructivismo y el relativismo en la adopción de una perspectiva metodológica propia, no distributiva ni estructural (Montañés, 1995; Ibáñez, 1985, 1990, 1991; Noya, 1994; T. Ibáñez, 1989), y esta relación de inclusión puede observarse mejor si atendemos a las consecuencias que ese planteamiento tiene para: 1) las técnicas metodológicas (*cuantitativas-distributivas* y *cualitativas-estructurales*) que se pueden articular y combinar; 2) el tipo de objetividad (reflexiva) que es posible alcanzar.

En primer lugar, la metodología dialéctica privilegia las técnicas de producción de datos conversacionales en el saber e igualitarias en el poder, tales como asambleas, talleres de análisis, socioanálisis de grupos de formación, etc. En diversas propuestas e investigaciones se opta por una **combinación de técnicas** cualitativas dialécticas y estructurales (diagnósticos participativos de necesidades, entrevistas, grupos de discusión, observación participante, etc.), junto con técnicas distributivas (censos, encuestas, etc.) (Gómez y Martínez, 1995; IOE, 1993; Conde, 1987, 1990; Dávila, 1994; Ortí, 1994). Una pauta comúnmente aceptada

por esta línea de trabajos consiste en priorizar las exploraciones cualitativas y de datos secundarios sobre los estudios cuantitativos de datos primarios, dejando las técnicas dialécticas para las fases de devolución o intercalándolas desde el principio del estudio en una especie de espacios de control y seguimiento (en este caso, más que de «combinación» -que sugiere la inyección de azar-, hablaremos de «articulación» que implica un control sobre las combinaciones pertinentes). Un ejemplo de las relaciones posibles entre métodos y técnicas es éste:

«Cuando investigamos sobre la «actitud de los españoles ante la OTAN», debemos integrar todas las perspectivas y técnicas. La distributiva, pues tenía pendiente un referéndum que tenía la forma distributiva; la estructural, pues el eventual votante en el referéndum era bombardeado por la propaganda que intenta «persuadirle» de lo buena o lo mala que es la OTAN (los diferentes discursos pro- o anti-OTAN van a presionar sobre él: con retazos de esos discursos construirá un discurso «personal»); la dialéctica, porque dispositivos de fuerza (el chantaje golpista, o las luchas pacifistas) van a ser factores de la opinión o la decisión.. El Gobierno podría estar interesado en una investigación que combine grupos de discusión (para analizar la estructura de los discursos anti y pro y estar en condiciones de producir un discurso propagandístico -uno de cuyos eslabones sería la formulación de la pregunta para el referéndum-) y encuestas (para medir la distribución de respuestas a las diferentes preguntas -hasta dar, si es posible, con la pregunta que asegure la victoria-). La Comisión Anti-OTAN podría estar interesada en una batería de socioanálisis que le permitiera explorar los límites de la movilización posible.» (Ibáñez, 1990b: 67).

De hecho, el Gobierno sí estuvo interesado en la primera combinación (que financió y usufructuó). Los MS de oposición sólo podrían haber estado interesados en la autoinvestigación dialéctica de haberla conocido mejor y de poseer medios para catalizarla.

Las técnicas de encuesta, sin embargo, también pueden adquirir un sentido participativo y dialéctico (o, mejor, «dialógico») cuando las preguntas son abiertas, las entrevistadoras/es informan sobre los fines de la investigación a las entrevistadas y ambas obtienen los resultados analizados de la misma:

«En los movimientos sociales de base la encuesta es probablemente el medio más utilizado como instrumento no sólo de recogida de la información sino de participación y movilización de los colectivos a los que se dirigen. Para ello se intenta desbordar el marco de las encuestas convencionales en diversos sentidos: no sólo se hacen preguntas (con frecuencia de respuesta libre, para que el entrevistado se pueda explayar) sino que se informa a éste y, eventualmente, se le invita a participar en otros actos (actividades de la asociación, asambleas para informar de los resultados de la encuesta, etc.); el entrevistador sabe muy bien el fin que persigue y se lo explica al entrevistado, lo que permite entablar un diálogo abierto con él. La encuesta, así aplicada, se considera un medio para ampliar la información y sensibilización de los entrevistadores (normalmente voluntarios) y, por otro lado, introducir en el proceso de reflexión-acción a algunas de las personas entrevistadas.

Éste y otro tipo de usos de la encuesta son válidos a condición de analizar su adecuación al objetivo perseguido; por ejemplo, si lo que se privilegia es la acción no es necesario ser extremadamente rigurosos en la aplicación de la técnica, pero no puede pretenderse que sus resultados tengan validez estadística. Pensamos, por nuestra parte, que la técnica de encuesta, utilizada con un planteamiento de investigación-acción, puede ser ciertamente útil para algunos objetivos, pero inútil y hasta perjudicial para otros. (...) convendrá dividir la aplicación del cuestionario en dos partes; una primera en la que el entrevistador se mostrará neutral, recogiendo fielmente las características y opiniones de los entrevistados, y otra segunda en que podrá introducir informaciones, puntos de vista y cualquier forma de conversación que favorezca la comunicación e implicación del entrevistado.» (IOE, 1993)

La **articulación dialéctica** de la metodología da prioridad a las técnicas dialécticas (siempre cualitativas) o a los aspectos dialécticos de técnicas estructurales-cualitativas (reu-

niendo sucesivamente a los integrantes de un grupo de discusión, por ejemplo) y distributivas-cuantitativas (como el caso de la encuesta participante antes señalado) (ver también la experiencia de articulación metodológica de Montes, 1989; y el paso estructural-dialéctico en Ibáñez, 1991).

El mayor problema, sin embargo, no se encuentra en la *recogida* de datos, sino en las técnicas de análisis de los mismos y en el tipo de «verdades» producidas: esto es, en la verificación de la validez empírica externa, o, como lo denominaremos nosotros, en el análisis de las consecuencias de la **reflexividad** y el **contexto** (Noya, 1994: 134).

La sustitución del principio de objetividad por el de reflexividad es la tarea peor abordada por la IAP. En mi opinión, este cambio de ubicación de la «verdad» absoluta a la «verdad» relativa y de ésta a la «verdad» reflexiva, si somos capaces de sistematizarlo y entenderlo, puede ayudar a diferenciar mejor los estilos de IAP posibles en cada contexto. Una exposición de este cambio es el argumento clásico frente a la objetividad que reprime el poder objetivador de los sujetos:

«La ciencia se funda en un presupuesto de objetividad: el objeto es objetivo, es exterior al sujeto y no ejerce ninguna acción objetivadora. Este presupuesto no es válido para el investigador social. Por una parte, el objeto y el sujeto no son exteriores, el sujeto es interior al objeto (los investigadores son interiores al orden social —como los biólogos lo son al orden vital, y los físicos al orden físico) y el objeto es interior al sujeto (el orden social, que es del orden del decir, está hecho de dictados e interdicciones, está engramado en los investigadores). Hay que sustituir el presupuesto de objetividad por el presupuesto de reflexividad. Un objeto sólo es definible en relación con el sujeto, un sistema está en realidad compuesto por un sujeto y la realidad que ese sujeto intenta objetivar. Por otra parte, hay objetos que son, o incluyen, sujetos: que ejercen una actividad objetivadora. Son, por lo menos, los objetos de los investigadores sociales. Para relacionarse con esos objetos/(sujetos) no valen los juegos de lenguaje del tipo pregunta/respuesta: son necesarios juegos del tipo conversación.» (Ibáñez, 1991: 130)

Pero es necesario pensar que existen también distintas concepciones de la «reflexivi-

dad», por lo que creo que es posible distinguir, al menos, tres modos de entenderla y tres consecuencias generales que poseen para abordar un proceso de IAP en los MS.

1. La **reflexividad máxima** es la implicada en la primera parte de la última cita (Ibáñez, 1991: 130). Es la alternativa subversiva al principio de neutralidad y distancia entre sujeto y objeto. Consiste en lo que podríamos llamar la autogestión colectiva de la reflexividad, del conocimiento. Los sujetos investigados dejan de ser «objetos» para autoinvestigarse: ejerciendo sus capacidades objetivadoras y objetivándose en relación a su situación como sujetos. La autoinvestigación total supone que sean los miembros implicados en el MS quienes aprendan los métodos para autoinvestigarse. Esta cualificación metodológica, sin embargo, no se encuentra fácilmente accesible en el mercado de la cultura, ya que nos han enseñado a adaptarnos a la realidad social más que a conocer los modos de conocerla y cambiarla.

2. La **objetividad reflexiva** es aquella que no objetiva sólo a los sujetos-objetos observados, sino también al sujeto observador. Más que una separación entre objetividad y reflexividad, lo que postula es una ampliación del principio de objetividad formal, una superación hiper-objetiva. Las sociólogas, así, objetivan una realidad mediante su reflexión desde dentro de ella, junto a otros sujetos, a la vez que se incluyen completamente en su análisis, objetivando su grado de implicación, sus prácticas, sus posiciones sociales y políticas, etc. Aunque el autor en el que nos basamos (Navarro, 1990: 54) combine en su práctica investigadora técnicas cuantitativas y cualitativas (Navarro y Díaz, 1993), a mi juicio este principio enfoca especialmente los aspectos cualitativos de la historia local y exige que la comunidad controle la implicación y práctica de las investigadores/as, al tiempo que estas controlan técnicamente las fronteras entre los tipos de datos y entre las realidades observadas/construidas.

«La perspectiva reflexiva no conduce tanto a abandonar el presupuesto de objetividad como a su profundización o, si se quiere, a su generalización. La objetividad clásica es, de hecho, una objetividad restringida: afecta solamente al objeto, en tanto que el sujeto se man-

tiene fuera de su alcance, asumiendo una identidad puramente noética. La objetividad reflexiva, a diferencia de la clásica, desborda el objeto e incluye en su radio de acción al sujeto, que así debe dar cuenta de sí mismo en los términos de lo que es su producto: la propia objetividad por él constituida. El precio que hay que pagar por esa generalización del concepto de objetividad es la relativización reflexiva de esa noción. (...) En definitiva, un mundo exento de reflexividad, ni podría haber generado sujeto alguno, ni sería inteligible para ningún sujeto.» (Navarro, 1990: 54)

3. La **reflexividad intersubjetiva** supone una cooperación recíproca y desde la autonomía (y la diferencia) de los sujetos observadores y los observados. Más que una ilusión de horizontalidad se parte de una tensión entre diferencias de saber y poder, un cuestionamiento mutuo de esas diferencias. «La IAP tiene que disponer de un método como toda práctica relacionada con la emancipación social. La IAP no ha de confundir el principio de reflexividad, mediante el cual el sujeto mide no al objeto sino la medición del objeto por el sujeto, con que pretender que el objeto se transforme en un sujeto investigador que analiza a otros objetos-sujeto. Si así se hiciese siempre habría otro objeto.» (Montañés, 1993: 156). Lo que se autogestiona ahora por la comunidad o el MS es la «observación de la observación», lo que se puede traducir, al nivel de la devolución, en un uso conjunto (entre analistas y analizadas, pero desde sus diferencias, más que desde la integración de sus semejanzas) de la información mediante acciones políticas emancipatorias. En este caso, al nivel de las técnicas de producción de datos y análisis, se le reserva a las analistas un supuesto dominio crítico y conocimiento autónomo, cualificado.

Se podrían resumir estas versiones de la reflexividad señalando que la primera es una alternativa para la autoinvestigación en todo el proceso, la segunda es una alternativa a las técnicas de producción y análisis, y la tercera plantea su alternativa más destacable en la apropiación, uso y devolución informativa. La tercera conserva la posición destacada de las técnicas, la segunda las iguala como objeto de conocimiento a los otros sujetos-objetos, y la primera las disuelve como sujetos de conocimiento y acción entre los demás sujetos.

¿Caben, pues, decisiones ideológicas sobre estas perspectivas o sólo decisiones lógicas, técnicas? Dependerá tanto del contexto de investigación y las características de los sujetos implicados y el tipo de conocimiento deseado, como de las distintas teorías aquí reseñadas que puedan indagar más en profundidad sobre la reflexividad.

De hecho, este enfoque de la reflexividad tan poco tratado de una manera central por la IAP tiene su justificación en cuanto que gran parte del constructivismo y de las teorías sistémicas o cibernéticas que lo sustentan parecen muy alejadas de las prácticas políticas de las clases populares y de la IAP misma. La reflexividad académica tiene su punto de atención en el poder del sujeto para crear realidad, lo cual puede derivar hacia posturas solipsistas (la realidad exterior no existe) e idealistas (Glaserfeld, 1988), o hacia posturas antrópicas (si no existiera la reflexividad humana que observara el mundo éste no existiría: Navarro, 1990). Pero si descendemos al plano metodológico que ahora nos interesa, podemos añadir que toda investigación dialéctica, por ser cualitativa, adopta dos versiones esenciales de la reflexividad y, por ser dialéctica y no sólo estructural, adoptará una tercera versión fuerte.

Noya (1994: 121-3) define las dos primeras como «**reflexividad del objeto**» y «**reflexividad del sujeto**».

El objeto de la sociología cualitativa es el lenguaje social, los discursos sociales, los actos de habla individuales y colectivos. En tanto que prácticas reflexivas, pues, la reflexividad de los sujetos se convierte en el objeto principal de análisis, siendo los discursos una vía de acceder a él. En segundo lugar, la sociología cualitativa incluye a quien observa en el objeto observado, por lo que la subjetividad de quien observa se antepone siempre a su objetividad. De hecho, a menudo se esgrime que los *mismos* fenómenos investigados por sujetos distintos de la *misma* manera no son comparables y se halla una indeterminación similar a la cuántica que postula la transformación del objeto de estudio al estudiarlo.

Noya considera que hay un tercer nivel de reflexividad que hasta ahora no hemos concebido con claridad: la «**reflexividad del contexto**». Si a la sociología cualitativa le falta un modo riguroso de integrar el contexto (objetivo y subjetivo) en sus análisis reflexivos, a la

sociología cuantitativa le falta reflexividad en sus análisis objetivos del contexto (Noya, 1994: 123ss.).

El problema que resta aquí consiste en definir qué es ese contexto. El autor comentado da algunas pautas revisando una gama de propuestas teóricas oscilantes, *a grosso modo*, entre las posturas interaccionistas (los ámbitos finitos de sentido, las definiciones de la situación en que tienen sentido los fines para los actores...) y las policontextualistas (el contexto generado por la misma observación, «el cierre de un sistema –la reflexividad de una observación– se sanciona con la apertura de un contexto»: 132). Pero no entra en los aspectos socioeconómicos (Wilden, 1979), *topológicos* (Lefebvre, 1984) o semióticos (Veron, 1987) de ese contexto. Es cierto que levanta el polvo de una conexión entre la reflexividad y el contexto poco explorada, pero sería una ilusión social restringir a los aspectos subjetivos y corporales ese espacio sistémico (contexto) que supuestamente se crea con la dialéctica de la observación reflexiva.

El socioanálisis, por ejemplo, también localizó el contexto corporal e intersubjetivo de la represión institucional, pero formuló el concepto de «analizador» como conexión del grupo con el movimiento histórico de la institucionalización social (siguiendo, en parte, el pensamiento de Castoriadis: 1975). En lugar de una concepción sistémica («el analizador construido en la intervención es observación –autoobservación del analista– de observaciones –autoobservación de la institución», Noya, 1991: 34), el socioanálisis adopta una concepción dialéctica: trasladando el concepto de analizador de su originario conductismo a una dinámica sociopsicoanalítica, politizando la psicología social.

Los **analizadores** son aquellos elementos que permiten descomponer una situación o una totalidad en sus elementos (análisis), revelar lo que estaba oculto (la sexualidad, el dinero, la racionalidad y la ideología censuradas, no-dichas, etc.), conocer el inconsciente político (lo que está reprimido: el poder), y unir las relaciones desconocidas para conocer la totalidad (interpretación). Son elementos que, sin embargo, sólo permiten hacer estas dos operaciones consecutivas (formales-analíticas y dialécticas-interpretativas) cuando se produce una intervención en los elementos (ponen el

ejemplo de la *cura* psicoanalítica en Freud y la *práctica* revolucionaria en Marx), en el grupo social (Lapassade, 1980: 82, 99-100). En IAP, por contraste, con frecuencia se formula una simple convergencia o suma de operaciones descriptivas, explicativas y comprensivas, aunque también bajo el control de la acción (Goyette y Lessard-Hébert, 1988: 49-57). Por lo cual, como venimos mostrando, nos parece necesaria una mayor convergencia con la perspectiva socioanalítica.

La misma IAP se convierte en un analizador, al igual que lo puede ser una campaña de acciones de un MS, pero la IAP siempre necesita otros analizadores aparte de sí misma. El analizador de la IAP sólo permite y justifica que existan analistas para que *tomen conciencia* de los analizadores, pero su oficio es el de «formular proposiciones (y no dictar dogmas científicos) extraídas de las relaciones que establece entre las prácticas sociales y su propia práctica social, siempre menos rica que la de las categorías o de los grupos directamente enfrentados a la explotación» (Lapassade, 1980: 194), ya que es el analizador quien conduce el análisis (prioritariamente) y no el analista... Lourau (1980: 93) considera que el **Estado** es el analizador social por excelencia (analizador histórico), y son algunos de sus analizadores (construidos: el planismo y la autogestión) los que pueden servir para ver cómo los MS son analizados por aquél.

«Por analizadores históricos entendemos los acontecimientos que revelan las contradicciones de una época y producen un análisis actual que el saber instituido es incapaz de llevar a cabo; saber instituido en negación del saber social.» (Lourau, 1980: 111). **Analizadores históricos**, naturales, no artificiales, pueden ser huelgas y revoluciones. Pero revelan algo mediante una intervención, mediante el análisis que hacen de las personas implicadas en una práctica social: «con la información y la intervención mezcladas, el analizador analiza tanto nuestro deseo de saber como nuestra posición en el seno de las relaciones sociales.» (Lourau, 1980: 154). **Analizadores construidos**, artificiales, son todas las situaciones de intervención, los dispositivos experimentales, la autogestión de una formación o una campaña de insumisión, por ejemplo. «Los analizadores construidos funcionan como provocadores del habla social y «simuladores» de la

institución analizada.» (Lapassade, 1980: 128).

Los analizadores son siempre, pues, sociales. Permiten confrontar situaciones locales con sus implicaciones globales. Son elementos seleccionados para obligarnos a hablar, a reflexionar colectivamente sobre las instituciones sociales que nos atraviesan en nuestras prácticas cotidianas: es una reflexividad sobre el inconsciente político, sobre la represión de lo político por lo personal y lo afectivo. Nuevamente la conexión de utilidad entre la IAP y los MS está servida. El único punto ciego que sugieren las teorías de reflexividad es la existencia de paradojas entre los distintos niveles de análisis (J. Ibáñez, 1990: 46; T. Ibáñez, 1989: 122) y, por tanto, el riesgo es que la reflexividad institucional que proporcionan los analizadores vuelva al nivel local perdiendo por el camino la conciencia global de los problemas *policontextuales* (contextos sociales de redes de relación que hacen *textura*) que le daban sentido en tanto que MS. Pero no lo podemos asegurar por carecer de experiencias determinantes en este sentido y sólo tenemos algunos indicios como el caso del auge de las radios libres en momentos de huelgas generales o los analizadores de la políticas urbanísticas y de los modos de participación vecinales en un centro histórico (Gómez y Martínez, 1995), pero que no parecen dar lugar a prácticas totalmente consecuentes por parte de los MS implicados.

3. El valor pragmático de la verificación práxica y la democracia participativa

« Los movimientos populares en esta situación han adoptado métodos y técnicas de «resistencia» con los que enfrentar las agresiones a que se consideran sometidos en cada caso. Pueden ser los análisis de zonas urbanas en Quito, con propuestas participativas de desarrollos integrales; o las denuncias de los ecologistas de Madrid contra los despilfarros energéticos, con una propuesta de plan energético alternativo; o los movimientos de mujeres hindúes en defensa de sus bosques, con propuestas de

otras filosofías para relacionarse con la naturaleza que no sea la depredación del actual modelo. Todos estos movimientos de resistencia tienen al menos tres valores interesantes: 1. Defienden la integralidad de un territorio contra medidas sectoriales y muy especializadas. 2. Hacen alguna propuesta de alternativas concretas, que sí responde a concepciones integrales. 3. Se autoeducan en la responsabilidad popular de los asuntos públicos, exigiendo participación en las decisiones de los técnicos y gestores.

(...) Ante la urgencia de los movimientos demandantes no nos interesa tanto la representatividad de lo que puedan decir los habitantes por término medio, sino justamente lo que puedan decir de novedoso los 50 grupos (informales y formales) a quienes están entrevistando los propios vecinos, de cara a realizar una programación que dé soluciones alternativas a sus problemas. Nos interesan las ideas y las prácticas que se están construyendo minoritariamente, sus contradicciones y sus potencialidades, porque es desde esos síntomas desde donde nos interesa analizar una sociedad fragmentada en rápido cambio como creemos que es la nuestra. Por eso procedemos a una gran tormenta de ideas entre todos los sectores populares, negociada y realizada en la práctica con los propios demandantes de la información y los técnicos que actúan en colaboración con ellos. Y las propuestas también las vamos a discutir por los barrios, y las vamos a ir evaluando y rectificando en el proceso participativo. Esto es lo que estamos aprendiendo de los movimientos populares, sobre todo de los del sur.» (Villasante, 1994: 405-7)

La dimensión participativa es la más debatida y rica en todas las corrientes de IAP. Se tratan todos sus aspectos políticos y metodológicos, los efectos pluralistas y democráticos que produce la IAP, el aprendizaje participativo y el sentido concienciador del uso de algunas técnicas de investigación que pertenecían a un marco de dominación. Quizás en menor medida se haya cuestionado la «participación» de una manera reflexiva, tomando la participación real como un objeto a estudiar o como un analizador que gué el análisis.

Con mucho más acierto, sin embargo, se ha conectado la participación con las raíces epis-

temológicas del método científico: con las pruebas de contrastación, con la pregunta por la validez y la necesidad de verificar participativamente el conocimiento. La IAP subvierte los principios clásicos del método científico y de la lógica formal, en especial el de verificación, porque cuestiona la utilidad de la «verdad». Aquí voy a considerar la verificación participativa como un caso particular de la verificación práxica, que se considera más general.

Pero tanto el concepto de «participación» como el de «praxis» precisan ser reformulados, no por aislarlos de sus relaciones con otras dimensiones metodológicas vistas, sino por apuntar con claridad algunos de los nudos clave que dichos conceptos constituyen, abriendo la IAP por varios caminos posibles, por varias bifurcaciones. El problema habitual, al igual que con el uso de la «dialéctica», ha sido su utilización teórica y retórica en esa diversidad de acepciones, a veces opuestas, en lugar de un mayor acuerdo en su adecuación metodológica con los fines de transformación social de toda IAP (y de todo MS).

Las ideas de «validez» y de «verificación» nos remiten a una complejidad sobre la noción de «verdad» y sobre las pruebas posibles para asegurarnos de que algo es verdad sucesivamente en el tiempo y extensivamente en el espacio. Sin embargo, antes de preguntarnos si una afirmación es verdadera, deberíamos preguntarnos cómo se produjo tal afirmación. Históricamente, los dispositivos de **producción de verdad** en la Ciencia provienen del Derecho (el examen, la encuesta, etc.), y estos, a su vez, de la Teología (la confesión, la revelación, la contemplación, etc.) (Ibáñez, 1985: 235ss.; 1986: 113ss.).

De este modo se han formulado los criterios positivistas para establecer si un enunciado es verdadero y bajo qué condiciones de validez y fiabilidad se puede mantener. i) En primer lugar está la coherencia lógica del discurso y su adecuación empírica a la realidad. ii) En segundo lugar, la validez clásica se refiere al poder pragmático de las mediciones para predecir sucesos cuyo cumplimiento validaría las mediciones anteriores; cuando esta capacidad predictiva no es posible se recurre a la validez constructiva o a la coherencia de los resultados con los constructos operativos diseñados teóricamente (como se

sabe, unos resultados son fiables, ante todo, si miden lo que quieren medir). iii) En tercer lugar, se exige la prueba de la intrasubjetividad (que un/a mismo observador/a obtenga idénticos resultados en sucesivas observaciones) y de la intersubjetividad (que diferentes observadoras/es obtengan los mismos resultados en sus respectivas observaciones).

La sociología crítica con el positivismo y sus derivaciones arguye el hecho de que las comunidades sociales no científicas también poseen sus verdades y sus pruebas de validez diferentes a las de la Ciencia. En la IAP, sin embargo, existen dos preocupaciones extremas: ser más científica que las ciencias sociales positivistas; ser más política en los usos científicos del conocimiento, aunque este no se pueda validar científicamente. De cualquier modo, no se pueden pasar por alto las críticas cercanas a la IAP ofrecidas contra los tres criterios de los paradigmas científicos dominantes (empiristas o idealistas).

1. Ibáñez (1985: 114-125) ha demostrado que la coherencia lógica total es imposible porque en todo sistema lógico formal siempre hay enunciados primeros (axiomas) necesarios e indemostrables, y porque con los instrumentos de experimentación (técnicas) siempre se modifican los hechos que se quieren observar llegando así a una indeterminación fatal. No obstante, en cuanto que las operaciones científicas por producir verdades deben evitar esas incomodidades en la práctica, realizan lo que más precisamente se pueden denominar operaciones ideológicas: producen efectos de verdad, simulan la verdad con **verosimilitudes**, crean discursos creíbles. La búsqueda de la adecuación empírica sólo se puede realizar mediante metáforas (los conceptos operatorios), mediante una adecuación semántica entre el significante usado y el significado empírico al que se refiere. La búsqueda de la consistencia lógica sólo puede realizarse mediante metonimias (teorías sistemáticas), mediante ordenación sintáctica de significantes. En el primer caso, los enunciados científicos dan la sensación de que a cada palabra le corresponde una cosa, y que las diversas connotaciones de cada palabra en cada contexto y para cada sujeto social, deben ser evitadas, reprimidas. En el segundo caso da la sensación de que los sujetos y los objetos están

ordenados en la simetría de las palabras, de los discursos, cuando en realidad el lenguaje solo no puede reflejar la asimetría real entre los sujetos. En consecuencia, «la verdad es local y transitoria» (ibíd.: 188), absolutamente imposible, pero socialmente, pragmáticamente, necesaria, por lo que hay que inventarla, simularla.

2. El mismo método positivo exige el paso a la acción, pero a una acción limitada a nuevas observaciones del hecho hipotéticamente codificado y explicado. Estas nuevas observaciones se realizan con instrumentos de experimentación siguiendo la misma lógica que se operó para recoger los datos iniciales. En el fondo existe una confianza en el poder predictivo de la ciencia, sólo relativizada cuando no se pueden repetir las condiciones experimentales y se ha de conformar con la coherencia entre variables y resultados ¹. Bourdieu et al. (1989: 54-9, 91-4) demuestran, dentro de un «racionalismo aplicado» (a medio camino entre el idealismo y el realismo), que no se descubren los hechos con la verificación experimental de hipótesis una a una, sino sólo con experiencias que critiquen a un **cuerpo sistemático de hipótesis**, a un conjunto teórico que concibe unos hechos relacionados con otros hechos, y no atómicamente aislados. Pensemos, por ejemplo, en el absurdo de un intento de verificar la motivación de frustración de quien participa en los MS con sólo acercarse a preguntar por ella u observar repetidamente que se expresa. De una manera más general, los anteriores autores apoyan su concepto de verificación en las ideas de Canguillem: «Un hecho no prueba nada mientras que los conceptos que lo enuncian no hayan sido metódicamente criticados, rectificados, reformados. Sólo los hechos reformados aportan información. (...) No hay, propiamente hablando, un método experimental. Todo lo que es método es deducción, pero la relación con la experiencia es esencial para el progreso del saber y esta relación, que propiamente es de invención, no podría ser codificada en las reglas de un método.» (ibíd.: 289-290).

3. El objetivismo, paradójicamente, le confiere un poder extraordinario a la figura personal de la persona de ciencia y a la comunidad científica en exclusiva como cuerpo legítimo para validar y verificar los enunciados de la ciencia. Esto puede sugerir que si

ellas valoran lo que es útil para las científicas porque es científico, pueden perder de vista muchas otras posibilidades de utilidad e inutilidad. Hay, sin duda, muchos criterios sociales enunciados por colectivos no científicos para valorar si son útiles las explicaciones científicas de, pongamos, ir a la luna o fabricar bombas, basadas en razones de justicia social o supervivencia que los criterios de validación individualistas o elitistas (intra- e intersubjetividad) no consideran. Himmelsstrand (1978: 178-183), ya dentro del marco de la IAP, estableció un pre-requisito y dos criterios de validez para la sociología cualitativa (hermenéutica y dialéctica) usada en la IAP, que pueden ayudarnos a entender la necesidad de una **intra- e intersubjetividades colectivas**, elaboradas participativamente. El pre-requisito es el grado de inmersión en la comunidad estudiada. Los criterios son: a) el ajuste entre los patrones establecidos por los hallazgos hermenéuticos y los modelos teóricos relevantes «que hayan sido probados como útiles»; b) la fineza del ajuste con el «denominado» conocimiento local. Este último punto exige una devolución participativa a la comunidad del conocimiento, para que sea evaluada su utilidad y adecuación. Lo que, a su vez, le va a exigir a la comunidad acciones y prácticas que lo pongan en juego, en sus condiciones sociales y experiencias externas.

En consecuencia, no entiendo un concepto de «praxis» clásico concebido como simple unión o integración de la teoría y la práctica (por oposición a la concepción más vulgar como mera práctica), como «práctica reflexionada críticamente» (Gabarrón y Hernández, 1994: 31), como la unidad de «la transformación objetiva y la actividad subjetiva» (Villasante, 1993: 29) o como otras uniones dialécticas que recuerdan al «vaivén» entre unos elementos y otros. Me interesa la «**praxis**» como las relaciones sociales prácticas que producen verdades, o, mejor dicho, efectos de verdad y nuevas prácticas, nuevas relaciones, que parten de esas reflexiones y de un mayor poder de transformación social. Cuando se reflexiona sobre la práctica y cuando se participa en algo, convendrá, pues, saber ¿qué se ha transformado socialmente?, ¿qué contexto de explotación o dominación ha cambiado con los nuevos conocimientos y con su uso práctico?

Pareek (1978: 71) propone un concepto de «praxis» más dinámico y relacional, dejando de concebirla como un vínculo entre teoría y práctica, y concibiendo ese vínculo como un **proceso**. La reflexión sobre la práctica conducirá, en último extremo, a una integración del proceso en la estructura (o sistema). Pero la integración será de teoría, práctica y procesos sociales (lo que podríamos denominar «contexto»). Al contrario que algunos tipos de investigación-acción no comprometida (misionera, impuesta, desarrollista, militante, etc.), la IAP se preocupa por materializar al máximo el interés «por la gente con la cual trabaja el investigador», para «conseguir su participación», el interés «por la acción a desarrollarse en la comunidad» para lograr el cambio, y el interés por «la investigación que logre el cambio y registre los resultados del mismo», en ausencia del cual «el uso sistemático de las intervenciones, su comprobación de diversas maneras y la enseñanza de la retroalimentación de los resultados de la acción, pueden no ser posible» (ibíd.: 72).

Entre otras aportaciones más confusas, Goyette y Lessard-Hébert (1988: 50-52, 137-140) recogen la concepción de «praxis» de autores como R.B.Tremblay o Vaillancourt. Para el primero, el dominio de la «práctica» se sitúa a un nivel distinto tanto de los niveles teóricos (descripción y explicación de lo real-empírico) como del nivel experimental de verificación de las proposiciones teóricas. Al igual que en el nivel experimental, en la «práctica» **se controla lo real**, pero no verificando la predictividad de la proposiciones, sino asegurando estratégicamente la eficacia de la práctica de acuerdo a las proposiciones. A esta organización estratégica la denomina «**ortopraxis**», mientras que la «praxis» sigue correspondiéndose con una cierta unión entre teoría y práctica, matizada ahora por constituir una investigación intermedia entre la investigación fundamental (conocer para conocer) y la investigación aplicada (conocer para poder).

El segundo autor considera que praxis es una «relación teoría-práctica en la cual el elemento reflexión sistémica y colectiva en la práctica forma parte de la práctica» (ibíd.: 137), por lo cual hay dos sentidos posibles y articulados de la praxis: a) la investigación **sobre** la acción y sus actores; b) la investigación **para** la acción y sus actores. «La investi-

gación-acción se parece a una praxis, es decir, a relaciones práctica-teoría-práctica, al pertenecer la reflexión teórica a una sistematización enraizada en la práctica social que debe ser verificada por la práctica social» (ibíd.: 138). No es que estemos ahora en el polo opuesto al racionalismo, con un total predominio de lo empírico. El racionalismo predomina a nivel de método (todo método es deducción), mientras que la praxeología predomina a nivel epistemológico (todo conocimiento está determinado materialmente). Según Goyette y Lessard-Hébert, el concepto de «praxis» que nos proporciona un criterio de validez del conocimiento generado en una IAP, procede directamente de Aristóteles (mientras que el de dialéctica, por ejemplo, se podría remontar a Platón):

«Las actividades humanas se clasifican en actividades especulativas (*theoría*), en actividades productoras de artefactos (*techné*) y en actividades prácticas cuyos resultados no se concretan en obras materiales o simbólicas sino que consisten en modificaciones propias de los actores individuales o colectivos (*praxis*).» (ibíd.: 138)

En este sentido, parece más claro que lo que se verifica con la **verificación práxica** es el **valor de uso** del conocimiento generado para los sectores populares o el MS que se autoinvestigan (no existe, pues, la ciencia sin valores, la práctica neutral). Esta prueba es ya una práctica social, una práctica de reflexión colectiva sobre sus prácticas y una reflexión práctica sobre sus reflexiones. Su sentido epistemológico está conectado con su sentido político porque están en un mismo proceso: ¿qué es lo que se ha transformado del contexto? La verificación práxica, pues, considera el valor de uso de la IAP en la medida en que se produce un cambio: a) en el aprendizaje de las personas implicadas (descubriendo mejores explicaciones de su mundo social, aprendiendo cómo aprender y aprendiendo cómo crear nuevas posibilidades para la acción: Elden y Levin, 1991: 131); b) en el deterioro y destrucción de las formas instituidas, en el cambio social de la lucha de clases (instituciones de producción) y las «luchas de civilización» (instituciones culturales y políticas: familia, educación, Estado, etc.) (Lapassade, 1980: 110); c) en la invención de nuevas instituciones, la autogestión de la comunidad.

La epistemología racionalista (Bourdieu et al., 1989), según estos principios, debería ser reformulada. Por un lado, la ruptura epistemológica de los conceptos científicos con respecto al saber común, los prejuicios y las prenociones, no se puede mantener más que de una manera relativa, ya que la IAP las toma como punto de partida –partiendo de las experiencias, culturas e ideologías populares– y las contrasta directamente con otros puntos de vista y con sus prácticas y condiciones sociales. Por otra parte, la verificación del «objeto construido» teóricamente no sólo pone en cuestión experimental todo un conjunto teórico de hipótesis (proposiciones), sino que pone en práctica esas proposiciones (propuestas). Sólo queda a salvo del embate de la IAP el momento de «construcción del objeto» de investigación, lo cual puede estar muy prácticamente reservado para las sociólogas cualificadas (siempre que antes y después asuman las determinaciones marcadas por las otras fases de la IAP).

«El conocimiento práctico no es el objetivo de la investigación-acción, sino el comienzo. La reflexión común de investigadores y prácticos (activistas) se dedica a «probar» cuidadosamente este conocimiento por medio de una relación dialéctica entre el análisis y la praxis (mediada por la historia).» (Moser, 1989: 62) Lo cual es la base de un nuevo paradigma científico para autores como el anterior. Pero en lo concreto el criterio de verificación práctica remite, en cierto sentido, a técnicas como las situaciones y experiencias «analizadoras». Dos ejemplos de ello y que nos invitan a pensar por qué la participación puede ser un caso particular de una praxis más general, los tenemos en las técnicas de **asambleas** y la devolución de **preguntas críticas**:

«Lo que nos interesa aquí es resaltar la técnica de la asamblea para conocer los problemas de una realidad social y para proponer soluciones operativas y no tanto como técnica de agitación, pues éste es su punto más débil. Una asamblea es una buena técnica tanto por lo que enseña de su dinámica interna (formas y contenido), como por lo que la precede y luego sigue, que no suele ser tan conocido, al ser menos espectacular. Los dirigentes o convocantes en primer lugar se están arriesgando a que no acuda gente si el tema no es sentido por las bases sociales. Se arriesgan además a que

otros dirigentes les discutan sus planteamientos si no conectan en lo que dicen o en lo que hacen, con el ambiente creado. Y sobre todo se arriesgan a no tener continuidad si las propuestas no se viven como surgidas y apoyadas por la mayoría de los asistentes. No todo el «universo» acude a las asambleas, pero sí acuden los «comunicadores» de cada zona o subcultura, estos se encargarán de comentar y difundir lo que se ha discutido, en el puesto de trabajo o con sus vecinos.» (Villasante, 1994: 403)

«La forma de hacer la pregunta debe relativizar la intencionalidad subyacente y lanzar el entrecruzamiento de imágenes entre los distintos actores implicados. Tres preguntas permiten cruzar las informaciones básicas de cualquier «analizador» que se haya elegido: a) *Implicación*. Qué necesidades e intereses están implicados, según las distintas fracciones de clase en presencia. Cómo se produce la construcción de unos u otros bloques sociales, alianzas, pactos explícitos o tácitos; en torno a qué propuestas, reivindicaciones, se han ido aglutinando unas fracciones y otras. b) *Auto-emancipaciones*. Qué redes sociales de convivencia y actividades existen, sus conexiones y dependencias, organigramas y sociogramas, la capacidad de emancipación de sectores juveniles, de mujeres, de tercera edad, trabajadores, etc.; y cómo se han desarrollado los conjuntos de acción (populistas, gestionistas, técnicos, ciudadanistas). c) *Potencia*. Qué campo de posiciones ideológicas, de modelos y alternativas existen, y su grados de compatibilidad y sustentabilidad. Qué proyectos son capaces de estimular una cooperación para la acción.» (Villasante, 1995: 203)

Quizás a la praxeología en lugar de «ciencia de la práctica» habría que denominarla ciencia de las posibilidades prácticas, de la virtualidad y las bifurcaciones discutidas. Pero el punto sobre el que se insiste en esas prácticas y discusiones es en la simetría, en la participación en igualdad de condiciones. Y siempre que se quiere defender algún modelo de **democracia participativa** conviene hacerse algunas preguntas: ¿participar para qué, en qué, cómo...?

Los dos problemas centrales de la IAP son, lógicamente, participar en la investigación y participar en la acción. Respecto al primero se ha señalado ya que hay distintos momentos del proceso en donde participar más o menos acti-

vamente. Respecto al segundo el problema central, como muestran algunas experiencias, es pasar de reivindicaciones concretas a **auto-programaciones** «alternativas e integrales» (Villasante, 1995: 211ss.). Es un problema porque sólo en las reivindicaciones se siente el compromiso más inmediato y temporalmente menos exigente.

Cuando nos fijamos en qué participan los MS o los sectores populares percibimos flechas en distintos sentidos: hacia fuera (cogestión de programas, presión y resistencia a entes estatales o empresariales, reclutamiento de simpatizantes o miembros, etc.) o hacia adentro (aprendizaje recíproco, luchas de liderazgo, fomento de la implicación de las bases menos activas, etc.) (Martínez, 1995b). Pero la participación social en las decisiones, la democracia directa y el control máximo de la población hacia las gobernantes y sus políticas, son ejercicios de resistencia y reivindicación más que de autoplanificación. El ejemplo más evidente lo tenemos en todos los dispositivos inventados estatal y empresarialmente para regular, canalizar, restringir, simular y reprimir esa participación: las experiencias en el planeamiento urbanístico, económico, social o cultural, muestran que la superioridad de la participación ciudadana sobre la planificación estatal jerárquica es sólo una excepción y a menudo una exclusión de gran parte de la población afectada (Villasante, 1995: 184; Martínez, 1995).

«Los «planes finalistas» quieren tener previsto todo el desarrollo desde un principio, pero esto choca naturalmente con la imposibilidad de tener todos los datos desde que se empieza, y con las modificaciones que surgen sobre la marcha en cualquier proceso social. Por eso se ha hablado de los «planes-proceso» que sobre la marcha van adquiriendo nuevos datos para un autodiagnóstico continuo, en la misma medida en que van siendo ejecutados. Ciertamente es necesario que haya un hilo conductor de objetivos, y mecanismos metodológicos a su servicio, para no caer en una «negociación sin principios». Pero la forma de tal plan no se detiene tanto en discusiones de oficina como en verificación por realizaciones prácticas.

(...) Los planes necesitan a la gente. Personas convencidas en el tejido social cuando se quiere algo más que cubrir el expediente. No basta llamar a algunas sesiones a los dirigentes

oficiales de los sindicatos, asociaciones o colectivos locales, hay que llegar a la ciudadanía. Y un camino es hacer el plan con los sectores populares, pero no para justificar la «memoria» del plan, sino para dinamizar la sociedad y que salgan nuevas propuestas, debates y soluciones. Y para que lo que finalmente se decida hacer tenga un seguimiento por la propia gente, que lo ha incorporado como propio.» (Villasante, 1995: 139).

Participar en las decisiones es un criterio revelador para valorar el efecto de poder de la participación. Es cierto que, por ejemplo dentro de un MS, se puede participar en otras cuestiones aportando también elementos intelectuales o afectivos necesarios para la reflexión y las prácticas. Pero la participación en la toma de decisiones es un ejercicio de poder democrático que se ve devaluado cuando entra en lo que se puede denominar la concepción gradualista de la participación, estableciendo grados más altos o menos de esa participación (dentro de una supuesta democracia pluralista), en lugar de referirla a las relaciones de poder y dominación que critica con su práctica. En este sentido, cuando hacemos de la participación en un proceso de IAP no sólo una condición de producción de conocimiento e implicación de la gente en esa producción mediante prácticas y modos de apropiación, sino también un objeto mismo de estudio, de reflexión de toda IAP, lo que estamos analizando es cómo se participa en general y en la IAP en particular.

No participa quien quiere sino quien puede, primero, y quiere, después (entre el poder y el querer las fronteras son imaginarias: estadísticamente lo hace quien más puede, pero una minoría activa puede modificar las fronteras imaginarias e impulsar deseos de participar en cuestiones hasta entonces imaginadas como imposibles o prescindibles). Las condiciones sociales y personales para participar son diferentes según las clases sociales, los distintos recursos (culturales, económicos, relaciones sociales), etc. Por lo que siempre hay una asimetría entre analistas, activistas y analizadas que sólo se puede superar técnica e ideológicamente.

Ideológicamente en el sentido de que el análisis de la participación critique las desigualdades sociales que la dificultan (políticamente) en lugar de usar juicios morales. Técnicamen-

te en los dos sentidos que le dan Fals Borda y Brandão: uno, con su regla de la **persistencia dentro de lo posible** que exige acomodar mutuamente los ritmos de reflexión y acción; otro, con su distinción entre **participación decisoria** en momentos iniciales y finales de la investigación, con respecto a la participación prescindible o simulada en los momentos intermedios de producción de datos. Veamos como ellos mismos lo explican:

«Los organismos y movimientos sociales de la IAP están expuestos a ritmos marcados por flujos y reflujos según el interés, eficacia o amplitud del involucramiento e interacción de las bases y los cuadros, y no por exactos principios teóricos, ideológicos o científicos. Su regla de oro estriba en la *persistencia* dentro de lo posible, con miras a alcanzar las grandes metas de la transformación radical, mas sin desesperarse por resolver antes de tiempo los graves problemas estructurales que afectan a las clases laboriosas.

Persistir, en este sentido, no significa estar en pie de lucha día y noche porque ello sería imposible. Las comunidades necesitan detenerse y respirar profundo de vez en cuando para tomar nuevo impulso. Persistir significa mantener constantemente la iniciativa para crear hechos que cubran frentes múltiples (desde el cultural hasta el ecológico, en diversas clases sociales), unos tras otros o varios al tiempo, según las oportunidades y sin bajar la guardia, con el fin de cristalizarlos en organizaciones permanentes.» (Fals Borda, 1985: 64-5).

«La situación falsamente participativa es aquella en que las decisiones en los momentos inicial y final son tomadas por el equipo de científicos, sin ninguna o con poca y subordinada participación popular. (...) Habría también dos tipos de situaciones diferencialmente participativas. En la primera el pueblo participa en el momento inicial de decisión político-científica de la investigación; en la decisión política final del uso del saber producido y también coparticipa del momento de la producción del trabajo. En el otro tipo, el pueblo define con los científicos lo que quiere, el por qué, el para qué, el cómo de la investigación y se apropia del saber producido, pero no participa en el trabajo intermediario, porque no tiene tiempo, porque no quiere, o porque tiene otro tipo de ocupación cultural y política.» (Brandão, 1987: 45).

Aunque es evidente que abordan dos problemas distintos de la participación en una IAP (además desde varias experiencias que les avallan), Fals Borda apuesta por una **participación máxima** en todos los momentos de la *autoinvestigación*, mientras que Brandão legitima los distintos **grados de participación** según el contexto de condiciones sociales de la población *investigada*. El primero sistematiza las necesidades de ajustar las distintas **conceptiones del tiempo** entre investigadoras/es, activistas de los MS, miembros menos activos de los MS y el resto de la comunidad implicada. El segundo sistematiza la necesidad de ajustar las distintas **funciones de trabajo** entre quienes están cualificadas para investigar y quienes están obligadas a decidir porque la realización y el uso de la investigación les afecta.

De hecho, nuestro hilo conductor de este recorrido por las dimensiones metodológicas de la IAP nos obligaba a interrogar sobre la relación de ésta con los MS. Por un lado, las conclusiones de Fals Borda se dirigen a fundamentar como un criterio práctico de los logros transformadores de una IAP, la creación de organizaciones populares permanentes, con arraigo local y conexiones regionales y de ámbitos superiores con otras organizaciones formando MS. Por otro lado, las conclusiones de Brandão no aseguran que se pueda dar ese paso a redes globales de MS, sugiriendo no sólo un mayor cierre en la comunidad local, sino también la reproducción de la separación institucional entre lo universitario y lo popular (aunque en sus intenciones esté buscar un saber de tercer tipo, si bien no explícitamente tanto una sociedad de tercer tipo).

Haciendo un juego de palabras, la participación no tiene sólo un *valor de uso* para verificar científicamente los conocimientos o para verificar políticamente que se está practicando la democracia directa; más importante aún es que posea un *valor de cambio* para transformar políticamente los efectos de dominación y para intercambiar simbólicamente la legitimidad de su ejercicio libre. De este modo puede concebirse una fina frontera entre las formas de participación y los principios de reflexividad. En ambos casos puede existir implicación en momentos diferentes del proceso de IAP, pero el ejercicio de esa implicación puede ser más transformador o más metódico según se insis-

ta en las dimensiones sociales (políticas) de la participación o en las dimensiones metodológicas de la reflexividad.

De cualquier modo no nos extenderemos más sobre esta dimensión ya que en gran parte ha sido sugerida con las otras en cuanto a la inversión de la jerarquía del conocimiento. Sólo apuntar que estudiar con metodologías participativas a los MS o que estos se autoinvestiguen con estas metodologías y estudien sus modos de participación real, puede repercutir también positivamente en el avance de construcción de la IAP, como de hecho así ha sido históricamente y será si acogemos en la teoría los nuevos vientos frescos que llegan de los NMS alternativos (como la Insumisión, la Okupación, el Cooperativismo solidario y ecológico, la comunicación alternativa de las radios libres, etc.).

4. Conclusiones

Este trabajo se dedica a mostrar que, por lo menos, se pueden distinguir cinco categorías fundamentales para realizar IAP en los MS. Entre esas cinco categorías (implicación, dialéctica, reflexividad, praxis y participación) existen mutuas relaciones pero, al contrastar versiones ligeramente opuestas de las mismas, descubrimos que las consecuencias metodológicas para abordar la IAP son diferentes. Podemos recordar los puntos claves de esas cinco dimensiones con una rápida revisión de los argumentos ofrecidos.

Las principales contribuciones al sentido de la «implicación» se refieren a establecer sus rasgos metódicos (en investigación y acción), relativos (desde la mutua autonomía) y recíprocos (de analistas, activistas y comunidad), en oposición a las versiones más clásicas de la implicación formal (descomprometida, como en la observación participante) y la implicación comprometida (consciente e ideológica, en su sentido de «militante» e intelectual orgánica). No existe un acuerdo entre las experiencias de IAP y entre éstas y las de socioanálisis con respecto a las condiciones de esa implicación, pero pueden definirse sus límites para adoptar una u otra *postura* según el contexto

de investigación. Podrían, pues, señalarse tres tipos ideales: a) la «alianza ideológica de compromiso mutuo» con más énfasis en adoptar compromisos prácticos (autogestión material, personal, temporal, etc.) en todos las fases de la IAP; b) la implicación en garantizar la definición y la materialización del valor de uso de la investigación, pero manteniendo las diferencias de saber y poder entre los sujetos implicados; c) la «implicación metódica» en la que la autogestión de la *intervención* y de la *formación* desvela las condiciones sociales e institucionales, sobre todo, de quien investiga.

En cuanto al concepto de «relaciones dialécticas» cabe preguntarse: ¿es la realidad dialéctica o sólo nuestros métodos de entenderla? De aquí parten bastantes malentendidos, por lo que merece la pena ir a las raíces de lo que significa la **lógica dialéctica** para la metodología de investigación. La interpretación más ortodoxa de la lógica dialéctica postulaba una total oposición con respecto a la lógica formal, esgrimiendo que ni la realidad ni el pensamiento funcionan siguiendo los principios formales de identidad y no contradicción. La concepción que le reserva al método la superioridad de la lógica dialéctica sobre la formal, plantea más bien una contigüidad entre ambas, aunque se apoya en una distinción de niveles que sirve para distinguir las situaciones de contradicción real cuando implican oposición y conflicto entre elementos de una jerarquía (Lefebvre, 1984; Wilden, 1987).

Desde esta perspectiva cabe entender que las relaciones dialécticas entre sujeto y objeto, teoría y práctica, tesis-antítesis y síntesis, etc., no pueden basarse en un recurso al «vaivén» y unión en una «totalidad» entre los extremos, sino en la distinción, explicación y comprensión de los **procesos sociales contradictorios** que implican. En el sentido que le da el socioanálisis, esas contradicciones serían más matizadamente institucionales, ya que se refieren al proceso de poderes instituyentes (políticos) y de institucionalización (sociales).

Algunas consecuencias metodológicas de esto se pueden encontrar en la distinción de los tres niveles de investigación: distributivo, estructural y dialéctico (Ibáñez, 1992). Las técnicas paradigmáticas de cada nivel son la encuesta, los grupos de discusión y las asambleas. La dialéctica nos interesa más para el diseño metodológico, del predominio de un

nivel sobre otro según el objetivo que se quiera explicar y según el nivel de acción deseado. Por ello, en las prácticas de IAP se suele proceder a una combinación y articulación de los tres niveles, con mayor predominio del dialéctico en los momentos iniciales y finales.

Tanto en la dimensión de la «implicación», como en la de «dialéctica», se halla un cuestionamiento de las relaciones entre sujeto y objeto. Pero no se suele encontrar una fundamentación epistemológica fuerte en este sentido, por lo que muchas investigaciones de IAP siguen defendiendo la primacía del principio de objetividad. En estos momentos existen varias contribuciones teóricas que nos permiten afirmar un giro de ese principio al de «**reflexividad**». i) Si se enuncia dicho principio en el sentido de que todo sujeto social también objetiva a quien le objetiva, y que todo sujeto investigador tiene algún tipo de relación con los sujetos que investiga, parece razonable postular una «**reflexividad máxima**» cuando sea un colectivo el que se autoinvestigue (en todo el proceso). ii) Si se enuncia la reflexividad como un estadio superior de **mayor objetividad** porque quien investiga objetiva también su relación con lo que investiga, entonces se puede pensar como razonable el empleo prioritario de técnicas cualitativas de investigación. iii) Si se distinguen las capacidades objetivadoras y los sesgos subjetivos tanto de las profesionales como de la población no socióloga, entonces la autoinvestigación sólo se plantea una cierta distribución de tareas y un mayor **diálogo intersubjetivo** en los momentos de apropiación del conocimiento producido.

De cualquier modo, a esta interpretación inicial de la reflexividad se ha unido la crítica hacia la sociología cualitativa acusándola de practicar una «reflexividad sin contexto» (Noya, 1994). Este problema puede integrarse en la autoinvestigación que plantea la IAP en el sentido de que obliga a integrar los aspectos contextuales (históricos, socioeconómicos, semióticos, etc.) de todo discurso producido por la IAP con ánimo de ser usado y comprendido, a la vez, en sus determinaciones sociales. Por ello, las aportaciones conceptuales del socioanálisis en lo que denominan «**analizadores**», pueden ayudar a que la reflexividad de quien investiga y de quien es investigada sea controlada por un elemento externo (el anali-

zador) que además remite a las condiciones sociales en que se actúa y reflexiona.

El concepto de «praxis» viene a poner en cuestión, ahora, la relación entre teoría y práctica. La novedad epistemológica de la IAP ha consistido en cuestionar los criterios de «verdad» que la ciencia y el método hipotético-deductivo han planteado con las relaciones entre teorías, hipótesis, verificación, experimentación y falsación. La IAP va a concebir un criterio fundamental de «**verificación práctica**» que, sin embargo, a veces también se enuncia confusamente al remitirlo a mediaciones, mutuas determinaciones y unión entre teoría y práctica que pueden alejar lo que tienen de proceso reflexivo, de los mecanismos de validación veritativa.

Tanto en la ciencia clásica como en la IAP, la «verdad» que es posible alcanzar es relativa y no absoluta, reflexiva y no objetiva. Hay tres criterios formales en relación a la verificación que han sido refutados críticamente: a) la coherencia lógica y la adecuación empírica son absolutamente imposibles (existen axiomas indemostrables e indeterminación del objeto al transformarlo cuando se investiga), por lo que los dispositivos científicos no verifican verdades sino que producen sólo efectos de verdad, verosimilitudes; b) la verificación pragmática-predictiva y la verificación constructiva no sólo dejan mucho que desear en ciencias sociales (imposibilidad de predicción y connotaciones de los constructos), sino que para no caer en el empirismo deben validar o falsar teorías sistemáticas y no simples hipótesis operatorias; c) la intrasubjetividad e intersubjetividad clásicas dejan todo el poder de legitimar la verificación de las verdades científicas en la comunidad científica y sus individuos, pero sólo la discusión colectiva y la evaluación práctica de su utilidad social pueden servir como criterios de validez.

En consecuencia, hay que exigirle a la «verificación práctica» de la IAP tanto o más rigor que a los métodos científicos clásicos, por lo menos en cuanto a la conciencia de sus límites y a la socialización del saber que lo pueda validar prácticamente. En este sentido, pues, la «praxis» ya no es una simple relación entre teoría y práctica, sino un **control estratégico de lo real** mediante «prácticas» que usen las proposiciones y propuestas derivadas de/en la autoinvestigación colectiva. Es lo que

en un sentido clásico se denomina el «valor de uso» del conocimiento, intentando ir un paso más lejos que el racionalismo aplicado (Bourdieu et al., 1989) que se conformaba con la verificación de teorías a partir de nuevas observaciones o experimentaciones.

El resultado es que ahora pienso que sólo la «construcción del objeto» de investigación puede reservarse como tarea más propia de las sociólogas cualificadas (siempre relativamente, ofreciéndolo como propuesta), mientras que tanto la definición inicial de los objetivos (más que ruptura epistemológica, como integración del saber popular) como la comprobación práctica del valor de uso del conocimiento deben hacerse colectivamente, mediante técnicas de asambleas o acciones transformadoras más clarificadoras.

Por último, parece cerrarse el círculo al insistir de nuevo en la relación entre los sujetos implicados en una IAP (y en un MS). La cuestión de la «participación», sin embargo, trasciende a las anteriores, ya que remite con más interés a aspectos prácticos del proceso: las necesidades de autoplanificarse, las prácticas mediante reivindicaciones, el poder de decisión, la implicación de gente interna a la IAP y de fuera, etc.

Para practicar la **democracia participativa** en el mismo proceso de IAP he tomado una doble línea de trabajo: a) situar los modos de participación real en el MS, como objeto de autocrítica; b) organizar la participación diferencial, en la autoinvestigación, de la gente (analistas, activistas y bases) según el poder de transformar la situación anterior (interna y externa). Siguiendo algunas experiencias anteriores vinculadas a la participación en el urbanismo (Villasante, 1995; Martínez, 1996), creo que se pueden extraer consecuencias positivas de este plantemiento cuando nos interrogamos: ¿imperea el gradualismo participativo o la participación en relación directa a los procesos de dominación? Es decir, la importancia que tiene participar en las decisiones no puede suplantar la consolidación de estructuras desiguales y de opresión, por lo que todo tipo de participación (en decisiones, debate, acciones, investigación, etc.) puede tener su lugar transformando la no-participación anterior. En concreto, las experiencias latinoamericanas no siempre confirman el paso de IAPs locales a la consolidación de estructuras participativas y al impulso

de MS, aunque cada caso da unas reglas específicas para optimizar este aspecto (el ajuste de ritmos y concepciones del tiempo, la división de tareas, la participación decisoria en los momentos inicial y final, etc.).

En conclusión, si los MS se fundan en unas nuevas formas de participación política, su autoinvestigación mediante IAP pone esa participación como elemento central para desvelar sus aspectos sociales y transformadores, por una parte, y para posibilitar su poder generativo de conocimiento y emancipación, por otra. Más que una simple concepción implicativa de la gente en una investigación, pues, se entiende aquí la «participación» como un estudio sistemático de las implicaciones y efectos de los modos de participación.

NOTA

¹ Tanto el socioanálisis como las diversas corrientes de IAP también defienden algún tipo de experimentación que con frecuencia se acerca mucho a lo que en psicología social se ha denominado «experimentación en medio social natural» (Deconchy, 1992). Ésta se diferencia de la «experimentación pura» (generalmente en laboratorio) y de la «experimentación no controlada», semejándose más a los modelos cuasi-experimentales de la «experiencia post facto», la «experimentación por ensayo y error» y la «experimentación por observación controlada» (pág. 302).

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P., PASSERON, J.C. (1975), *La reproducción*, Barcelona, Laia.
- BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J.C., PASSERON, J.C. (1989, or.1973), *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Madrid, S. XXI.
- CASTORIADIS, C. (1989, or. 1975), *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2. El imaginario social y la institución*, Barcelona, Tusquets.
- COHEN, M., NAGEL, E. (1979), *Introducción a la lógica y al método científico. 2*, Buenos Aires, Amorrortu.
- CONDE, F. (1987), «Una propuesta de uso conjunto de las técnicas cuantitativas y cualitativas en la investigación social. El isomorfismo de las dimensiones topológicas de ambas técnicas», *REIS*, nº 39.
- (1990), «Un ensayo de articulación de las perspectivas cuantitativa y cualitativa en la investigación social», *REIS*, nº 51.
- DÁVILA, A. (1994), «Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: debate teórico e implicaciones praxeológicas», en Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. (ed.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid.

- DECONCHY, J.P. (1992), «La experiencia en medios sociales naturales: dilemas, articulaciones y proyectos», en D. Páez et al., *Teoría y método en psicología social*, Barcelona, Anthropos.
- DEMO, P. (1985), *Investigación participante. Mito y realidad*, Buenos Aires, Kapelusz.
- ELDEN, M., LEVIN, M. (1991), «Cogenerative Learning. Bringing Participation into Action Research», en Whyte, W.F. (ed.), *Participatory Action Research*, Londres, Sage.
- FALS BORDA, O. (1985), *Conocimiento y poder popular. Lecciones con campesinos de Nicaragua, México, Colombia, S. XXI*, Bogotá, Punta Lanza.
- FALS BORDA, O., BRANDÃO, C.R. (1987), *Investigación Participativa*, Montevideo, Instituto del Hombre-Banda Oriental.
- GABARRÓN, L.R., HERNÁNDEZ, L. (1994), *Investigación participativa*, Madrid, CIS.
- GLASERFELD, E.V. (1988), «Introducción al constructivismo radical», en P.Watzlawick et al., *La realidad inventada*, Buenos Aires, Gedisa.
- GÓMEZ SUÁREZ, A., MARTÍNEZ LÓPEZ, M. (1995), «¿Cómo hacer dialéctica, reflexiva y participativa la metodología de investigación sociológica?», en AA.VV., *La IAP. Métodos de Investigación Social con los Movimientos Sociales para el Desarrollo Local*, Madrid, CIMS.
- GOYETTE, G., LESSARD-HÉBERT, M. (1988), *La investigación-acción. Funciones, fundamentos e instrumentación*, Barcelona, Laertes.
- GUERRA, C. (1995), «IAP en la periferia urbana de Salamanca», en Cursos de Verano UNED, *Experiencias de participación urbana*, Denia.
- HIMMELSTRAND, U. (1978), «Investigación-acción y ciencia social aplicada: valor científico, beneficios prácticos y abusos», en AA.VV., *Crítica y Política en ciencias sociales. El debate Teoría y Práctica*, Bogotá, Punta de Lanza.
- IBÁÑEZ, J. (1985), *Del algoritmo al sujeto: perspectivas de la investigación social*, Madrid, S.XXI.
- (1986, or.1979), *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica*, Madrid, S.XXI.
- (comp.) (1990), *Nuevos avances en la investigación social: la investigación social de segundo orden*, Barcelona, Anthropos.
- (1990b), «Perspectivas de la investigación social: el diseño de las tres perspectivas», en García Ferrando et al., *El análisis de la realidad social*, Madrid, Alianza.
- (1991), *El regreso del sujeto*, Santiago de Chile, Amerindia.
- IBÁÑEZ, T. (1989), «La psicología social como dispositivo desconstruccionista», en T.Ibáñez (coord.), *El conocimiento de la realidad social*, Barcelona, Sendai.
- IOE COLECTIVO (W.ACTIS, M.A. DE PRADA, C.PEREDA) (1993), «Para intervenir con sentido en los programas con inmigrantes...», documento inédito en biblioteca de IOE.
- LAPASSADE, G. (1980), *Socioanálisis y potencial humano*, Barcelona, Gedisa.
- LAPASSADE, G., LOURAU, R. (1981, or.1971), *Claves de la sociología*, Barcelona, Laia.
- LE BOTERF, G. (1986), «La investigación participativa: una aproximación para el desarrollo local», en J. M. Quintana (coord.), *Investigación participativa. Educación de adultos*, Madrid, Narcea.
- LEFEBVRE, H. (1984, or.1946), *Lógica formal, lógica dialéctica*, México, S.XXI.
- LOURAU, R. (1980), *El Estado y el inconsciente*, Barcelona, Kairós.
- MARTÍNEZ, M. (1995), «La participación urbana: una perspectiva sociológica», en Seminario *Vivir las ciudades históricas. La intervención urbanística en los centros históricos*, Salamanca.
- (1995b), «Participación desde abajo. Espacio social, cultura, economía e política no urbanismo do Casco Vello de Vigo», en *Cooperativismo e Economía Social*, n.º 12.
- (1996), *El dominio histórico del centro urbano. Condiciones sociales de vida y participación ciudadana ante la política de rehabilitación urbano del Casco Vello de Vigo*, Tesina de Licenciatura, Madrid, UCM.
- MONTAÑÉS, M. (1993), «Aportaciones básicas de la IAP en su relación con los movimientos sociales», en *Documentación Social*, n.º 92.
- (1995), «Contribución a la teoría y práctica de la Investigación Participada», *V Congreso español de sociología*, Granada.
- MONTES DEL CASTILLO, A. (1989), *Simbolismo y poder. Un estudio antropológico sobre Compradazgo y Priestazgo en una comunidad andina*, Barcelona, Anthropos.
- MOSER, H. (1989), «Comentario a la ponencia de Orlando Fals Borda», en O. Fals Borda, *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*, Bogotá, Tercer Mundo.
- NAVARRO, P. (1990), «Sistemas reflexivos», en J.Ibáñez (comp.), *Nuevos avances en la investigación social: la investigación social de segundo orden*, Barcelona, Anthropos.
- NAVARRO, P., DÍAZ, L. (1993), «Una metodología para la autorreflexión de los grupos sociales: el análisis sociosemántico», en documentos del CIMS.
- NOYA, F. J. (1991), «Por un situacionismo sistémico. La teoría de sistemas sociales y el análisis institucional en el estudio de los NMS», *REIS*, n.º 55.
- NOYA, F. J. (1994), «Metodología, contexto y reflexividad», en Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. (ed.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis.
- OFFE, C. (1992), «Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional», en *Partidos políticos y NMS*, Madrid, Sistema.
- ORTÍ, A. (1994), «La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social», en Delgado, J. M., y Gutiérrez, J. (ed.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis.
- PAREEK, U. (1978), «El papel de la investigación-acción en la elaboración de sistemas auto-renovadores», en AA.VV., *Crítica y Política en ciencias sociales. El debate Teoría y Práctica*, Bogotá, Punta de Lanza.
- SOSA, N.M., GUERRA, C. (dir.) (1995), *Estudio sociológico en el Barrio de Buenos Aires mediante IAP*, Salamanca, Asoc. Buenos Aires.
- VERGIDIS, D. (1986), «Un intento de investigación participativa en Grecia», en J.M.Quintana (coord.), *Investigación participativa. Educación de adultos*, Madrid, Narcea.

- VERON, E. (1987), *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires, Gedisa.
- VILLASANTE, T.R. (1993), «Aportaciones básicas de la IAP a la epistemología y metodología», en *Documentación Social*, nº 92.
- (1994), «De los movimientos sociales a las metodologías participativas», en Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (editores), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis.
- (1995), *Las democracias participativas. De la participación ciudadana a las alternativas de la sociedad*, Madrid, HOAC.
- WILDEN, A. (1979), *Sistema y estructura. Ensayos sobre comunicación e intercambio*, Madrid, Alianza.
- (1982), «La semiótica como praxis», en M. Martín Serrano (comp.), *Teoría de la comunicación*, Madrid, UIMP.
- (1987), *Man and woman, war and peace. The strategist's companion*, Londres, Routledge.
- ZAMOSC, L. (1992), «Campesinos y sociólogos: reflexiones sobre dos experiencias de investigación activa», en M. C. SALAZAR (editor), *La investigación. Acción Participativa. Inicios y desarrollos*, Madrid, Popular-OEI-Quinto Centenario.

